

Una burbuja llamada universidad (I)

La universidad, como institución u organización social, para los más vanguardistas se ha transformado en una verdadera burbuja, aislada del contexto social en el que se inserta y desenvuelve.

Es cierto que existen diferentes tipos de universidades en nuestro sistema de educación superior y que podría resultar injusto meterlas a todas en el mismo saco. Pero intento referirme principalmente a las universidades tradicionales que desarrollan los tres ejes de acción clásicos vale decir: docencia, investigación y extensión (Ej.CRUCH en nuestro país).

Es curioso, pero la imagen recurrente de cómo nos vemos los académicos a nosotros mismos es de personas inteligentes, abiertas de mente, creativas e innovadoras y, por lo tanto, por un efecto de reflejo la universidad se mira a sí misma cómo una organización o institución con esos mismos atributos. Al parecer, y en mi opinión, parte importante de esa imagen tiene que ver más con los estudiantes, quienes históricamente han promulgado y luchado por los cambios y reformas, que con sus profesores.

La manida frase de que la finalidad última de la universidad no es la formación de profesionales sino la generación de conocimiento y ahora también la innovación, parece no convencer, al menos no a todos.

Bernabé Santelices, premio nacional de ciencias naturales de 2012 hace un llamado, a producir más resultados en ciencias y a aumentar la inversión del estado en esta área. Además enfatiza: “tiene que haber una cierta orientación hacia la producción, al desarrollo y eso es lo que deberíamos hacer.”(Cambio 21, 3/ ago/2015).

Sí uno acepta esta premisa de sesgo productivista capitalista, cabe preguntarse:

¿Están las universidades cumpliendo este último rol en nuestro país?

¿Cuántas de las soluciones tecnológicas que empleamos en el día a día han surgido al alero de universidades y de ellas: cuántas desde universidades chilenas?

Por ejemplo, para Wenceslao Casares, innovador y emprendedor argentino, la universidad ha dejado de tener liderazgo en el ámbito de la innovación; es lo que se puede deducir de una entrevista en la Revista del Sábado Nr. 876.

Las universidades son instituciones extremadamente conservadoras, apegadas a las tradiciones y se mueven con una lentitud extrema, en opinión del empresario que acaba de restaurar el palacio de las Majadas de Pirque para establecer allí su cuartel general de emprendimiento en Chile.

Para mayor abundamiento resulta interesante revisar la vida de Bill Gates o Steve Jobs, entre otros, y ver por qué se aburrieron en la universidad y qué cursos fueron los que más le aportaron, y veremos que figura entre ellos un electivo de Caligrafía (Jobs). Algunos más exagerados sostienen que en un futuro no tan lejano, las universidades dejaran de ser el mejor lugar para aprender y serán reemplazadas por comunidades en la web con tutores experimentados.

La industria requiere de velocidad en el cambio para poder subsistir en el mercado. En el ámbito que me compete como arquitecto, puedo aportar con ejemplos respecto de los sistemas constructivos de mayor penetración en el mercado en los últimos veinte años en Chile. Covintec, Metalcon y los paneles SIP son sistemas constructivos patentados en USA hace bastantes años, que se han masificado en el mercado chileno; ninguno de ellos surgió como innovación tecnológica desde una universidad. Estos datos no pretenden ser concluyentes y, por supuesto, además son discutibles. Además no intento confundir la función de la industria con la función de la universidad, pero creo que plantean -al menos- una duda en el rol de las universidades en el ámbito de la investigación aplicada y la innovación.

La crítica de Casares me hace sentido, sobre todo en el juicio acerca de la lentitud (en esto seguramente habrá más colegas de acuerdo conmigo que en el punto precedente). Es cosa de ver el tiempo que ha tomado abordar la reforma estatutaria en la UCH o, en nuestro caso, constatar la cantidad de años que llevamos intentando reformar la carrera académica, sin aún conseguirlo. Al parecer hay evidencia contundente a este respecto. Las universidades somos intrínsecamente lentas, de allí que la frase “las cosas de palacio van despacio” se encarne con tanta fuerza en nuestra USM.

¿Por qué ocurre esto, en una institución como la nuestra, que supuestamente acumula tanta inteligencia por metro cuadrado y que proclama ser líder en ciencia y tecnología?

Mi hipótesis interpretativa tiene que ver con la creciente pérdida de contacto de la academia con el medio profesional. Al menos lo puedo afirmar con propiedad para mi disciplina: arquitectura. Probablemente tenga mucho que ver en esto el hecho de que los profesionales destacados ya no tienen espacio para enseñar en el modelo de universidad actual, salvo excepciones como en las carreras de Medicina y Derecho.

En nuestra USM los profesores de planta al parecer vivimos en una burbuja (los profesores jornada parcial obviamente no, ellos tienen actualmente menos derechos que los estudiantes), trabajamos en un campus segregado del resto de la ciudad, rodeados de bellos jardines en Valparaíso, la ciudad con menos m² de áreas verdes por habitante del país, recibimos nuestro sueldo regularmente a fin de mes (aunque no hagamos parte fundamental de nuestro trabajo, es decir trabajar con los estudiantes en sala), almorzamos dignamente todos los días a la misma hora en un comedor exclusivo para nuestro estamento, nadie nos controla la asistencia, gozamos de una envidiable libertad para ejercer nuestras funciones y, si tenemos algún cargo administrativo, hasta gozamos del privilegio de tener un estacionamiento reservado. Todo este conjunto de prebendas parece que hace que perdamos sensibilidad para percibir los problemas que atañen a nuestros conciudadanos de a pie y eso finalmente se traduce en una falta de contacto

con los problemas concretos de nuestras profesiones, pues es muy diferente ser un arquitecto / académico que teoriza acerca de la buena arquitectura que hacer arquitectura, construyendo edificios de verdad, ahí los problemas son otros muy distintos día a día y requieren de soluciones inmediatas.

Un ejemplo respecto a lo anterior resulta el hecho de que en nuestros ejercicios de taller casi nunca incorporamos las restricciones de la Ordenanza General de Urbanismo y Construcción, ni la normativa vigente en el país.

Pienso que esta falta de empatía con el contexto social y profesional algo tiene que ver con el conflicto actual tangible en el paro estudiantil. La realidad e interpretación del mundo de los jóvenes estudiantes choca contra este mundo de privilegiados que desde sus cómodas posiciones tan sólo nos hemos dignado en concluir que los reglamentos vigentes no contemplan ni toleran sus acciones. Que el estatuto no permite tal o cual cosa, que hay que esperar el marco legal de la reforma educacional para analizar la gobernanza universitaria, que sería irresponsable siquiera discutir acerca de la triestamentalidad sin conocer o saber de la nueva ley; lo mismo respecto de la política arancelaria y el cobro de matrícula. Que el quórum exigido para votar paro es muy bajo y que eso es poco democrático (que viene siendo como afirmar que el actual gobierno es ilegítimo dada la alta abstención de la última elección presidencial).

¿Que esperamos para mover nuestras neuronas respecto de las demandas estudiantiles que hoy entraban la solución del conflicto?

Salgamos de la burbuja de una buena vez, rompamos el inmovilismo y la comodidad de nuestros privilegios; de lo contrario una vez más nuestra universidad comprobara el ya histórico conservadurismo de su cuerpo académico y su paquidérmica velocidad arriesgando comprometer su misión y responsabilidad social.

Luis Pablo Barros Lafuente

Profesor Depto. de Arquitectura USM

Agosto 2015